

con las actividades artísticas del hombre en las antiguas edades, no cuidaron de ver el gran valor que revestían las grandes construcciones militares, sin las cuales las otras no hubieran podido darse. De ahí los lamentables destrozos efectuados en las excavaciones, en las que se perdieron los más preciados testimonios y vestigios del arte militar. Toda la ciencia del siglo XIX, como, en general, toda la sociedad europea y notablemente la intelectual, fue afectada por unos sentimientos muy poco propicios para cuanto se refiriera a los temas castrenses, y por virtud de tal estado de cosas—o de ideas—, las fortificaciones descubiertas fueron sistemáticamente despreciadas. En el conjunto de la bibliografía arqueológica producida durante el siglo citado y en los primeros tiempos del actual, asombra la escasa contribución puesta en el estudio de las construcciones militares, apenas tenidas en cuenta. Las obras de Schulten sobre Numancia, de Dieulafoy sobre la Acrópolis de Suse, de Fougères y de Chapot para Mantinea o la frontera del Eufrates, los estudios de Cagnat sobre el Africa militar romana y los de Maspero para Egipto, con las investigaciones de Luschan y de Puchstein sobre el arte militar hittita y varios otros, constituyen reales excepciones, y basta ver cualquiera buena colección de manuales de Arqueología, como, por ejemplo, la de Picard, compuesta de nutridos y valiosos volúmenes, redactados por las más altas autoridades, para apercibir la poca atención que merecen las obras fortificadas. Solamente Grenier consagrará un volumen especial a los trabajos militares romanos, y el buen Padre Barrois dedicará a la fortificación bíblica una señalada parte en sus estudios. Pero los demás pasarán demasiado rápidamente sobre la cuestión, sin apenas profundizarla.

Por fortuna, semejante descuido va siendo ya largamente reparado y es de esperar que cada día se aumente el interés por una materia que, de hecho, es capital para el estudio y conocimiento del mundo antiguo. Los descubrimientos de Doura Europos, Korsabad, Sinjerli y Boghaz-Keni, entre tantos otros; las enseñanzas derivadas de las excavaciones de Babilonia y de Nínive; las manifestaciones de los relieves asirios y las continuas y portentosas revelaciones halladas en el Asia Menor han hecho volver los ojos de las Escuelas arqueológicas hacia el valor de la obra fortificadora, base primordial, como decimos, de la vida de las primitivas civilizaciones, que en ella pusieron el sello de sus esfuerzos y sentaron los principios del arte militar, de los que hasta el día somos aún en buena parte tributarios. Los estudios militares, antiguos y clásicos, van recobrando lentamente la solicitud que merecen y les es debida. Se respetan y hasta se consolidan y restauran las ruinas descubiertas. Los textos de los